

El segundo punto de meditación fué anunciado y mi atención creció. Puedo asegurarte que las reflexiones que

querida mía! De cuántos medios nos valíamos para evitarnos las lecturas piadosas. En cambio, de cuántos ardides usamos para leer ese montón de novelas nauseabundas que hoy detesto y quiero y pido á Dios que detestes tú también.

No intento contarte en mis cartas la vida de esta insigne Santa; pero sí te recomiendo que te hagas de ella y la leas, pues encierra enseñanzas para toda clase de mujeres, así jóvenes como ancianas, casadas y viudas.

En mi carta siguiente te diré algo más de lo que gocé con esta lectura hermosísima.

Siento concluir aquí mi segunda carta, pero este correo no sabe esperar y tú sí esperarás con paciencia mis siguientes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.



III

Durango, Marzo de 1898.

Mi querida Julia:

CE he prometido ocuparme un poco más de la admirable Juana Francisca Fremiot de Chantal; y como en el curso de mi narración me tengo que encontrar con su recuerdo á cada paso, voy á hacer por condensar (permítaseme la frase) mis recuerdos é impresiones durante los días de Retiro, relativos á las dulces horas que gocé oyendo leer tan interesante como hermosa vida, y emplearé en esta mi carta todas mis fuerzas para hacer apreciaciones y comentarios, seguro que muy pálidos, pero sí bien intenciona-

4

do, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

dos, para que me ayudes á bendecir la memoria de la ilustre Baronesa de Chantal.

Y ya que digo Baronesa, voy á hacer-te una confesión. ¿Recuerdas cuando de Europa me escribías durante tu último viaje? No olvidarás, sin duda, que en una de tus cartas me decías cuánto te había llamado la atención un hermoso cuadro, famosa obra de un renombrado pintor, que te encontraste en un museo de pinturas, me parece que en el del Prado, de Madrid. El cuadro representaba al gran Duque de Gandía ante el cadáver de la Emperatriz Doña Blanca, su favorecedora y excelente amiga. Te dió curiosidad de saber su significado, y leiste en la historia que aquel gran Duque era nada menos que un santo, San Francisco de Borja. Mucho te impresionó, y hasta me decías que te había causado asombro la biografía de este grande hombre. Casi recuerdo tu carta como si la estuviera leyendo. Tú, edu-

güentes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

cada en la misma escuela que yo, no podías saber de Historia sagrada y de Historia eclesiástica más que lo muy preciso para no figurar entre las personas sin religión, que tanto chocan, ó entre las sectarias, que no se entienden. Por esto te llamó la atención que pudiera ser santo un hombre del gran mundo, como á mí ahora me admira contemplar santa á una mujer llena de blasones, de honores y de riquezas.

A ti te sorprendió la humildad y desinterés del fastuoso joven, instruido, de gallarda figura y noble continente, esposo de Doña Leonor de Castro, la mujer más hermosa y de más hechizos en tiempo de Carlos V. A mí me ha arrobado la virtud, la caridad, la abnegación y la pureza del alma de la ilustre hija del Presidente Fremiot, uno de los más distinguidos caballeros en tiempo de Enrique IV, Rey de Francia. ¿Por qué nos han causado tal sorpresa estas distinguidas almas? Tú me lo insinua-

do, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

bas en tu carta y yo te lo confieso ingenuamente ahora: creíamos, querida amiga, erróneamente, que la santidad y la sociedad eran enemigas; que no podía haber santos más que en el yermo, entre los cartujos ó en los claustros; y esto, amiga mía, porque el ambiente que respiramos en la sociedad actual no es puro, sino que lleva consigo una aglomeración de microbios, que se infiltran en los corazones con una facilidad que aterra, produciendo la enfermedad del indiferentismo religioso, de la impiedad y del error.

Por esto es que nuestras convicciones nos conducían á creer imposible que una alma pura, que un santo pudiera vivir en medio del mundo, y de aquí nuestro asombro y el motivo de que nos causara novedad lo que hoy debe edificarnos y comunicarnos fuerzas para hacer lo que otros, con los mismos medios de que disponemos, han hecho para salvar sus almas y purificar, con su vida y ejem-

guentes cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

tal examen, y por lo mismo, temí que me fuera difícil hacerlo. Mas la gracia divina, que me inundaba de continuo, Qui

plo, la atmósfera viciada en que han vivido.

La Baronesa de Chantal fué joven santa, en medio de la aristocracia de su tiempo; fué santa esposa, complaciendo á su marido y cumpliendo con sus deberes sociales; fué madre santa, consagrando sus cuidados á sus hijos, no sólo en lo que mira al orden puramente espiritual, sino que, viuda santa, administró su hacienda con pericia admirable para aumentar la herencia de sus hijos.

Me parece que voy dejando correr la pluma junto con mi entusiasmo por esta Santa, y me haría interminable si no pusiera freno á mi imaginación. Pero no es posible dejar de contarte cuánto admiré á la santa de Chantal, defendiendo, ante los sectarios impíos y blasfemos, la Religión y la Iglesia verdadera. Con cuánto valor, con qué admirable energía supo responder á la canalla descreída que no sabe respetar el sentimien-

bas en tu carta y yo te lo confieso ingenuamente ahora: creíamos, querida amiga, erróneamente, que la santidad y la sociedad eran enemigas: que no po-

to religioso y que, abusando de la posición y de las circunstancias, se desata en denuestos ó en chistes picantes contra las prácticas piadosas.

Lee, querida amiga, lee esta interesantísima vida, y tomarás valor para repudiar con energía á esa clase de *caballeros* que blasonan de impíos y que, como el Doctorcito aquel que nos encontramos en el pueblo X, tienen hambre devoradora de Frailes y de Curas, y hacen fastidiosas las reuniones á fuerza de querer demostrar su ilustración con chistes de mal género, contra la Iglesia y sus Ministros. ¡Ojalá que tomáramos ejemplo de la Baronesa de Chantal, para despachar muy lejos á estos importunos enemigos de lo único que ennoblece el corazón, de lo único que engendra y cultiva los bellos y levantados sentimientos: la Religión verdadera, bien comprendida y bien practicada.

Te admira en cada una de mis cartas mi actual modo de pensar y mis propó-

tal examen, y por lo mismo, temí que me fuera difícil hacerlo. Mas la gracia divina, que me inundaba de continuo,

sitos para proceder. Estoy segura que me preguntas qué haría si en las reuniones que tenemos de cuando en cuando en casa, se me presentara, como de costumbre, W., que tanta sal tiene, que posee tan buen talento y que es capaz de divertir al mundo entero con sus gracias; que recita con una entonación tan bella las composiciones de Espronceda, de Zorrilla, de Plaza y de Campoamor; pero que en todo revuelve la murmuración contra la Iglesia y que siempre lleva consigo periódicos impíos y de caricaturas y estampas pornográficas; ¿qué haría, me preguntarás, ahora que deseo imitar siquiera una de las virtudes de la Baronesa de Chantal? Ninguna otra cosa más, querida Julia, que no hacerme cómplice de esas burlas impías: no manifestándome complaciente, y demostrando sin consideraciones, pero con entera franqueza, cuán cobarde es el hombre que insulta el sentimiento religioso, sin calcular que este sentimiento es el

bas en tu carta y yo te lo confieso ingenuamente ahora: creíamos, querida amiga, erróneamente, que la santidad y

único que puede garantizar la pureza del corazón de la mujer.

Santa Juana Francisca, librándose de estos ultrajes, se preparó para libertarse de otros que llevaban el sello del más degradante de los crímenes. Cuando señorita, rechazó á los herejes hipócritas; cuando esposa, con admirable valor y sin alarde, guardó inviolable el honor á su esposo, á quien cautivó con sus virtudes y de quien se constituyó el ángel tutelar, amándole sólo á él y desvelándose por complacerlo y cuidarlo.

Por supuesto que el primer día de Ejercicios apareció ante mis ojos Santa Juana como la luz del crepúsculo matutino, precursora de la luz meridiana. Apenas me iba interesando la narración, cuando el Padre Director suspendió la lectura para que siguiera el examen particular.

Como debes suponerte, esto de examen particular me cayó enteramente de nuevo: jamás me había ocupado yo de

tal examen, y por lo mismo, temí que me fuera difícil hacerlo. Mas la gracia divina, que me inundaba de continuo, me tenía tan dócil como una cera. Quise hacer el examen particular; pero mi pensamiento me llevó al general de todas mis obras, y me bastaron cinco minutos para recorrer mis acciones desde el momento en que entré á aquella casa, hasta aquel en que me encontraba. Levanté los ojos y me sentí conmovida una vez más por la mirada dulce del buen Jesús. ¡Cuánto tuve que reprocharme ante esa dulce mirada! ¿Por qué resistía yo tanto á sus encantos? Una Magdalena, mil veces más lejos que yo de Jesús, se hubo rendido á sus atractivos en un instante, y yo, privilegiada, distinguida allí con sus llamamientos, no había podido resolverme á permanecer cerca de su Majestad divina en aquel aménísimo Retiro!....

Aquí iba de mis reflexiones, resultando de mi examen, cuando la campana

so, querida mía, que empecé á comprender que los nueve días de Retiro me servirían mucho para el porvenir. Me prometí rechazar las tentaciones que me asaltarán incitándome á salir de allí.

de la capilla anunció las doce del día. El Padre Director rezó el *Angelus*, terminado el cual, nos preparamos para ir en procesión al refectorio.

Un par de señoritas entonaron la popular canción á la Santísima Virgen: «*Con dulces acentos*, etc.» Con paso lento y formadas de dos en dos, salimos cantando de la Capilla y atravesamos el corredor hasta llegar al salón destinado al refectorio, en donde ya servidos los platillos y bendecidos por el Padre Director, es- peraban á sus respectivas dueñas.

Tomamos los mismos asientos que á la hora del desayuno, sentándose en el lugar de honor la señora Presidenta, quien de paso te diré que mucho me simpatizó, y aplaudo al Padre Director por el tino que tuvo en elegir tan caracterizada como hábil superiora de aquella comunidad.

Durante la comida, en la que, no obstante el religioso silencio que se guardaba, era inevitable el ruido de los trin-

lectura para que siguiera el examen particular.

Como debes suponerte, esto de examen particular me cayó enteramente de nuevo: jamás me había ocupado yo de

ches y el ir y venir de las sirvientas, y por lo mismo no era fácil oír bien lo que se leía, yo dediqué mi atención á hacer gratos recuerdos de mi niñez. El himno que acabábamos de cantar me había traído á la memoria una temporada, relativamente larga, que tuve que vivir en Durango contando apenas nueve años. En tal época vino aquí un Padre inglés que adquirió fama, como los más de los Sacerdotes forasteros que pisan este hermoso suelo, y tal Sacerdote dió una tanda de Ejercicios públicos en el Templo de San Francisco, dedicando una hora á la instrucción religiosa de los niños. Entonces aprendí á cantar «*Con dulces acentos*,» y apenas recuerdo que conocí de joven eclesiástico catequista, al Sacerdote que he visto hoy, ya Canónigo, dirigiendo los Ejercicios espirituales.

En estos recuerdos y otros de la misma época me pasé la hora de la comida, la que me pareció bastante buena

so, querida mía, que empecé á comprender que los nueve días de Retiro me servirían mucho para el porvenir. Me prometí rechazar las tentaciones que me asaltaran incitándome á salir de allí.

y la suficiente para alimentar el cuerpo, algo fatigado por las fuertes conmociones del espíritu.

Del refectorio nos levantamos cantando el *Miserere*, y llegamos á la Capilla á rezar una Estación al Divinísimo. Después teníamos tiempo libre hasta las dos y media de la tarde, tiempo que, durante la temporada de Ejercicios, procuré estar enteramente sola en mi aposento, lo que conseguía providencialmente, porque mis compañeras de aposento pasaban esa hora en la azotehuela ó en el corredor, leyendo ó entregadas á sus meditaciones.

La tentación de salirme del Retiro había calmado un poco; pero me volvió á asaltar con fuerza en esta hora de descanso. Creí que aquella vida me iba á hacer mal y que iba á perder mi estómago; esto en cuanto al cuerpo, y en cuanto al alma, me supuse que iba á salir de allí fanática, impertinente, escrupulosa; en una palabra, insoportable.

lectura para que siguiera el examen particular.

Como debes suponerte, esto de examen particular me cayó enteramente de nuevo: jamás me había ocupado yo de



A las dos y media volvimos á la Capilla, rezamos la visita al Santísimo el, Via-Crucis, y nos leyó un joven eclesiástico en un librito titulado «La Esperanza Cristiana,» que por cierto corresponde á su hermoso título, y mucho ayudó á mi vacilante voluntad para que se resolviera de un todo á ponerse en manos de Dios.

A las tres y media salimos á descansar media hora, la que me pasé en la amplia azotehuela que es el techo del salón que servía de refectorio. Mi vista se extendió por el Norte, por el Sur y por el Oriente, en un horizonte despejado, y mi pensamiento vagó por el azul del firmamento....

Al papel no se le pueden confiar todos los pensamientos; pero sí te confieso, querida mía, que empecé á comprender que los nueve días de Retiro me servirían mucho para el porvenir. Me prometí rechazar las tentaciones que me asaltarán incitándome á salir de allí.

y la suficiente para alimentar el cuerpo, algo fatigado por las fuertes conmociones del espíritu.

Del refectorio nos levantamos can-

A las cuatro estuvimos con toda exactitud dentro de la Capilla, en nuestros respectivos lugares. Rezamos la segunda parte del Rosario y dedicamos media hora al delicioso punto tercero de la meditación.

No creas, querida Julia, que en las meditaciones me faltaran las distracciones y contrariedades; pero fijaba mi pensamiento en alguna de las sentencias leídas en el punto que se meditaba y procuraba hacerme aplicaciones, resultándome de esto provechosos pensamientos, que no olvidaré nunca, y gozándose mi espíritu en la inefable dicha de encontrar mi último fin allí en aquella encantadora Capilla, donde se hacía sentir el espíritu de Dios.

Creeme, querida amiga, no hay delicia comparable á lo que siente el alma cuando, apartada de todos los encantos pintados de este mundo, descansa en Dios. Entonces no se mide el tiempo, y bien se comprende por qué Santa Te-



resa de Jesús exclamaba en uno de estos arrebatos sublimes:

Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Te aseguro que vivamente deseo acabar de expresarte mis satisfacciones y mis penas en los Ejercicios, pero no puedo. Dime si ya te fastidia mi narración, para suspenderla.

Por ahora, adiós; te prometo ser en mis siguientes cartas, que no pasarán de dos ó tres, menos difusa.

Tu amiga

ELVIRA.

